

Pearl S. Buck



Con cierto aire delicado

Colección de 14 relatos breves que constituyen otros tantos cuadros coloristas, apuntes fascinantes y magnífica galería de personajes arrancados de la pequeña historia de cada día y vistos con una perspectiva entrañablemente irónica, con un fondo ambiental —China los barrios orientales de Norteamérica— que da unidad a la obra.

## Con cierto aire delicado

—Te repito que Setsue le mima demasiado —declaró Aliñe con firmeza.

Estaba sentada ante el tocador, probando el efecto de unos pendientes de oro sobre su nuevo traje negro. En el espejo, tras su atractiva figura, se reflejaba la de su marido, no menos atractiva por cierto, se dijo para sus adentros. Hacían muy buena pareja. La gente lo había comentado el día de su boda y aún había quien seguía pensándolo, a pesar de que Ballard, su queridísimo y único hijo, tenía ya veinticinco años y era un hombre casado. Se había traído a su mujer del Japón.

No acabó de decidirse por los pendientes de oro y acabó poniéndose los de perlas. El blanco con el negro era lo que quedaba mejor, especialmente desde que sus cabellos se habían tornado de un gris plata.

—Stephen, ¿por qué no contestas? —preguntó algo bruscamente.

Él, con el cuello tenso, estaba retocándose el nudo de la corbata.

—Estaba pensando qué decir...

—¿Y bien? ¿No estás de acuerdo conmigo?

—No. Comprendo perfectamente lo que quieres decir, pero no estoy de acuerdo contigo... Es una técnica distinta, eso es todo.

Ella levantó la cabeza y le miró a los ojos. Resultaba ridículo pensar de nuevo qué buena pareja hacían, especialmente ahora que sus sienes plateadas destacaban sobre unos rostros todavía jóvenes.

—¿Técnica? —repitió en el colmo del asombro.

Él sonrió:

—¡No te hagas la tonta, mujer! ¡Todas vosotras tenéis vuestra técnica!

—Stephen, eres insoportable.

—No lo puedo evitar... —murmuró apoyando las manos sobre sus hombros. Eran todavía unos hombros maravillosos.

Ella se estremeció imperceptiblemente.

—¿Por qué tienes siempre las manos tan frías?

—«Manos frías, corazón caliente...» —observó retirándolas.

Instintivamente ella evitó el seguir charlando.

—Llegaremos tarde —dijo poniéndose en pie.

Él le echó la capa de pieles sobre los hombros.

—Estás guapísima. Y además muy elegante.

—Gracias, querido. Tú tampoco estás mal, sabes...

Él sonrió y ella le ofreció la mejilla.

—¡Cuidado con el maquillaje...!

—Lo sé —repuso él besándola—. No hace falta que me lo digas. Te conozco mejor de lo que crees.

Ella no contestó. Iban a llegar tardísimo. Echó a andar rápidamente hacia el hall. Setsue les esperaba junto a la escalera, muy bonita en su kimono japonés. El kimono era señal de que ella y Ballard iban a pasar la velada en casa. Les sonrió inclinando la cabeza levemente, casi involuntariamente, como solía hacer aun cuando hubiese visto a los padres de su marido cinco minutos antes.

—Por favor, tened cuidado —les suplicó. Su voz era clara y suave.

Stephen sonrió.

—¿Qué crees que nos puede ocurrir? —preguntó en plan de guasa—. ¿Caernos por la escalera?

—El vestido de mamá es largo —repuso Setsue con una ansiedad conmovedora—. ¡Y las escaleras son tan altas!

Se apartó para cederles el paso y les siguió un poco más atrás.

—No es necesario que nos acompañes, Setsue —dijo Aliñe—. Podemos ir solos.

—¡Oh, por favor! —suplicó Setsue—. Es mi deber.

Al oír sus voces apareció Ballard, que estaba cómodamente instalado en el cuarto de estar. Iba en zapatillas y llevaba un traje viejo de estar por casa.

—Tendrás que dejar que se salga con la suya, mamá —dijo alegremente—. Mi mujer es incansable. Y le gusta, sabes...

Setsue se echó a reír escondiendo la cara tras la ancha manga de su kimono de seda roja.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —inquirió Ballard quitándose la pipa de la boca.

—De ti —contestó Setsue.

—¿Por qué?

—Porque tú te ríes de mí.

—¿Te das cuenta de lo tonta que es, mamá? —comentó Ballard cariñosamente.

Ahora los dos hombres, Stephen y Ballard, se reían de Setsue, y los ojos de ella iban de uno a otro llenos de admiración. De pronto se puso seria.

—¡Ballard, el abrigo de tu padre! —exclamó—. ¡Anda, vamos a ayudarlo!

Y echó a correr hacia el perchero, volviendo con el abrigo.

—Bueno, bueno... —murmuró Stephen tratando de ponérselo—. No estoy acostumbrado a que se me trate tan bien...

—No, no —repuso ella—. Déjame a mí.

Y, de puntillas, le puso el abrigo y le alisó el cuello, tan ajena a la diversión que provocaba en los dos hombres como un chiquillo ansioso y esperanzado.

—No le veo la gracia —dijo Aliñe de repente—. Y es tardísimo.

Bajó los escalones del porche y se instaló en el coche. Stephen la siguió.

—Insisto en que le mima demasiado. Y le está estropeando. Fíjate, hasta se deja los periódicos por el suelo...

—Eso no es serio... —contestó Stephen intentando ver en la obscuridad. El coche se puso en marcha dando una fuerte sacudida.

—Pero es todo un símbolo —le replicó ella.

—Te repito que es sólo parte de su técnica —murmuró él soltando una risita ahogada.

—Si te las das de clarividente... ¿por qué luego te quedas embozado mirándola?

—Escucha —le replicó él—. ¿No te disgusta tu nuera, verdad? Eso sí que sería grave.

—¿Por qué?

—No quisiera ver a mi hijo en la difícil posición de tener que elegir entre su madre y su mujer.

—¡Entonces, no la mires de esa manera! —saltó ella.

—¡Dios mío! —murmuró Stephen sin alterarse, pero deteniendo el coche.

Aliñe se avergonzó de sí misma al momento.

—Continúa. No tenemos tiempo de discutir. Trataré de dominarme.

—Es lo mejor que puedes hacer —murmuró él entre dientes, poniendo de nuevo el coche en marcha.

\* \* \*

Fue una velada difícil. Se trataba de una reunión íntima en casa de los Boscraft, amigos de toda la vida. Siendo sólo seis invitados, la conversación hubiese debido ser general. La cena resultó suculenta. Helen Boscraft había puesto la mesa con esmero, iluminándola con candelabros de plata. Pero todos sus decididos esfuerzos por crear un ambiente agradable, de charla inconsecuente, estaban condena-

dos al fracaso. La conversación recaía inevitablemente sobre Setsue, recién llegada a América.

—¿Qué resultado da eso de tener una mujer japonesa?  
—preguntó torpemente Marian Tully.

—Yo diría que muy bueno... —su marido soltó una risita ahogada—. Y además debe ser muy bonita...

—Ballard parece muy feliz con ella —comentó Stephen con cautela.

—¡Cierto! —bramó Henry Boscraft desde el otro extremo de la mesa—. Tiene el aspecto de un gato montés devorando a un gorrioncillo...

—¡Henry, por favor! —le suplicó Helen.

—¿Ayuda mucho en los quehaceres de la casa? —inquirió Lilian Schelley.

—Sí, ya lo creo —repuso Aliñe.

—Le gustaría encargarse de todo —añadió Stephen.

—Lo cual a veces resulta insoportable —comentó Aliñe irreflexivamente.

—Lo comprendo —asintió Helen.

—Vamos, vamos, Stephen —insistió Tom Schelley—. ¿Qué opinas tú realmente? Las mujeres japonesas... ¿son como las nuestras?

Se inclinó sobre la mesa, aguardando la respuesta.

—No —repuso Stephen con calma—. No, en absoluto.

—¿Cuál es la diferencia?

—No lo sé. No he podido definirla. Quizá porque es indefinible... Muy delicada... En realidad no he pensado mucho en ello.

«Falso», se dijo Aliñe para sí. Stephen no dejaba de pensar en Setsue. ¿Porque era única? ¿O no era única? En ese caso, ¿por qué eran únicas las mujeres japonesas? ¿O no eran únicas? ¿Sería ella, Aliñe Medhurst, quien era única? ¿O las mujeres americanas? Eso era lo que Stephen había estado preguntándose a sí mismo al contemplar la grácil figura de la esposa de su hijo moviéndose en silencio por la casa.

—¿Habla mucho? —preguntó Henry.

—No —repuso Stephen—. Es muy callada. Es decir, siempre aguarda a que hable Ballard...

Los tres hombres soltaron una alegre carcajada.

—Las damas pueden retirarse... Creo que es lo oportuno —dijo Helen ásperamente.

—Me pregunto de qué se reirán ahora... —musitó Marian. Se hallaban instaladas en el cuarto de estar, junto al fuego.

—¿No te lo imaginas? —saltó Aliñe—. Están hablando de Setsue.

—Supongo que tienes razón —contestó Marian acercando al fuego sus manos huesudas—. ¡Qué inteligente eres, Aliñe! Me gustaría saber por qué mis manos están siempre frías...

—¿Tomas vitaminas? —le preguntó Helen.

—Las tomaba. Hasta que caí en la cuenta de que el pelo me salía negro de nuevo... ¡Y hacía un efecto rarísimo con mi nuevo visón plateado! O sea, que dejé de tomarlas.

Rieron discretamente. Luego aguzaron el oído, percibiendo el eco de las voces varoniles.

—Si tiene hijos —soltó Marian repentinamente—, ¿se parecerán a ella?

—Es muy bonita, Marian —observó Helen—. Es muy bonita en su estilo... Delicadamente...

—No es realmente bonita —interrumpió Aliñe—. Tiene la nariz demasiado chata.

—Cualquier chica americana, del montón, es más bonita que ella —dijo Marian con decisión—. Y engordará exageradamente en cuanto pasen unos años. Palidez, cara de luna... Conozco el tipo. El Japón está lleno de ellas.

Marian nunca podría engordar exageradamente. Su esbeltez formaba parte de su propio ser, independiente de la juventud. Extendida en el ataúd tendría el mismo aspecto que ahora: ni muerta ni viva.

—No creo que piense mucho en sí misma —musitó Aliñe.

—Entonces, ¿en qué piensa? —inquirió Marian contemplando con atención sus uñas nacaradas, cuya palidez sobrepasaba con dificultad la de sus huesudas manos.

—Creo que piensa en Ballard. Y en nosotros, porque somos los padres de Ballard.

—Eso no durará —afirmó Marian.

Tiempo más tarde, recordando aquella conversación, Aliñe tuvo que admitir que sí había durado. Setsue seguía siendo la misma. Supo hacerse necesaria en aquella casa de un modo casi imperceptible, hasta que llegó un momento en que todos dependían de ella. ¡Era tan fácil sonreír cuando Setsue, siempre dispuesta a hacer un favor, se levantaba prontamente de la silla!

—¡Deja que lo haga yo, te lo ruego...!

—Gracias, Setsue.

Llegó a convertirse en una fórmula. Hasta que un día sorprendió a Stephen rodeando a Setsue con sus brazos, mientras ella, de puntillas, le arreglaba el cuello del abrigo. Fue en el hall, por la mañana, y hubiese podido ser cualquier otra mañana, ya que Aliñe nunca desayunaba con su marido. En el colmo del asombro vio cómo Stephen, su marido, se inclinaba para besar a Setsue. Y aquella diminuta criatura, toda feminidad, recibió el beso como si estuviese acostumbrada a ello. Y Ballard, ¿cómo no protestaba? Porque Ballard estaba allí, contemplando la escena negligentemente, con la pipa en la boca.

—Estaré en la oficina a las doce lo más tarde —dijo.

Aliñe recordó que precisamente aquel día Ballard tenía hora en el médico. Había sufrido un accidente de automóvil en el Japón, donde se encuentran los conductores más temerarios del mundo, según él mismo había explicado. Conoció a Setsue estando en el hospital. Ella no era enfermera, pero su padre, que había intervenido a Ballard como ci-

rujano, la llevó a visitar a su paciente americano. Había sido un auténtico flechazo.

Desde lo alto de la escalera, Aliñe dejó que su marido partiese sin decir palabra, y luego, desde las sombras, vio cómo su hijo, dejando a un lado la pipa, tomaba a su mujer entre sus brazos y la besaba apasionadamente. ¿Sabría responderle Setsue? ¿Podría aquella chiquilla comportarse como una mujer, podría su delicadeza convertirse en abandono? No le quedó ninguna duda sobre ello. Setsue se fundió en los brazos de Ballard, devolviéndole sus caricias.

Y entonces Aliñe se sintió avergonzada de estar observándoles.

¡Su hijo! Se había convertido en un hombre que ya no tenía nada que ver con ella, que pertenecía por completo a otra mujer, a una extraña. Sintió una pena muy honda... ¿Qué significaba aquel beso apasionado, allá, al pie de la escalera? ¿Qué podía significar excepto que Ballard, el hombre, estaba celoso de Stephen, el hombre, y con aquel beso reclamaba a su mujer? Volvió silenciosamente a su habitación y se quedó junto a la ventana, mirando fijamente el césped cubierto de rocío sin verlo en realidad. ¿Qué era lo que estaba pasando en aquella casa? ¿Estaban siendo engañados Ballard y ella? No, Stephen no la engañaba. Era demasiado bueno, demasiado recto. Aliñe había visto a muchas mujeres sentirse atraídas por su aspecto, por su amabilidad natural reflejada espontáneamente en mil pequeños detalles, pero nunca había sufrido por ello. Al contrario, la había divertido. «¡Dejémoslas que lo intenten!», había pensado jocosamente. Y ellas lo habían intentado, persiguiéndole sin descanso hasta topar con el muro de su invencible bondad. Contra ese muro lo único que podían hacer era romper sus corazones. Porque en cuanto Stephen comprendía sus intenciones, su negativa, aunque nunca expresada en palabras, era rotunda. No respondía a sus cartas, o en todo caso dejaba que lo hiciese la vieja secretaria:

«El doctor Medhurst lamenta...».

También se negaba a contestar a sus incesantes llamadas telefónicas. Y cuando Aliñe se encontraba con ellas las compadecía de un modo que las dejaba desconcertadas y las hacía evitar su presencia. Pero Setsue se hallaba allí, en aquella casa, protegida por su condición de esposa de Ballard... ¡Ninguno de ellos estaba a salvo! ¡Qué catástrofe si...!

Dio media vuelta olvidando la ventana y el césped, y bajó la escalera rápidamente, en busca de su hijo.

—Estoy aquí, mamá.

Le encontró solo, sentado ante la mesa del desayuno.

—Setsue está haciendo un poco de café. ¿Qué vas a tomar?

—Tostadas con café —contestó Aliñe vertiendo zumo de naranja en un vaso—. Soy demasiado perezosa. No debiera dejar que Setsue preparase el desayuno cada mañana.

—A ella le encanta... —repuso él alegremente.

Aliñe sorbió un poco de zumo.

—Ballard, quiero que hablemos a solas —dijo brusca-mente.

—¿Algún problema?

—Quizá...

En aquel momento apareció Setsue, y después de dejar la cafetera sobre la mesa saludó a su madre política con una profunda reverencia.

—Buenos días, madre.

—Buenos días, Setsue —repuso Aliñe, ignorando la reverencia. Tres días después de la vuelta de su hijo le había suplicado en secreto decirle a Setsue que prescindiese de las reverencias, pero Ballard se había negado.

—Sólo hace lo que le han enseñado a hacer. No se sentiría feliz si se lo impidiésemos. Es su modo de mostrar cariño y respeto. Y yo quiero que ella sea feliz.

—Querida —le estaba diciendo ahora—. Tu honorable madre política desea hablar a solas conmigo... ¡Echa a vo-

lar, pajarillo!

Setsue sonrió, y al hacerlo los hoyuelos de su mejilla izquierda se acentuaron. Se inclinó profundamente ante su marido, y se alejó rápida, agitando las anchas mangas de su kimono.

—¿Por qué se lo dijiste? —murmuró Aliñe extendiendo un poco de mantequilla sobre su tostada.

—Es mejor decirle siempre la verdad, no lo olvides. Está acostumbrada a la sinceridad. Y no tiene malicia.

—Pero no es estúpida... —arguyó Aliñe.

—No, no lo es —asintió Ballard—. Pero sabe lo que es la disciplina.

—Eso espero.

Él enarcó las cejas.

—¿Por qué ese tono de voz?

Ella vaciló.

—No te salgas por la tangente... —insistió él.

—No pienso hacerlo. Dime... ¿tu padre le da un beso de despedida a Setsue cada mañana?

Se miraron fijamente.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Por lo que acabo de ver.

Él dejó el tenedor sobre la mesa.

—De acuerdo, mamá. Será mejor que te lo diga. Setsue está preocupada. No quiere ofenderle porque se trata de mi padre, pero desea que nos vayamos de esta casa.

—Me lo imaginaba... —murmuró Aliñe ocultando la cara entre las manos.

—No censuro a papá —dijo Ballard.

—¿Por qué no? A menos que censures a Setsue...

—Ella es incapaz de... de lo que tú sugieres.

—Tu padre es todavía un hombre joven —arguyó ella—. ¡Escasamente cincuenta años! Muchas mujeres...

—Setsue no.

—Entonces, ¿por qué...?

—Lo del beso de despedida empezó en broma... No te sabría decir cuándo dejó de ser una broma, pero Setsue lo notó en seguida.

—¿Cómo pudo notarlo si no le respondía?

—Porque es muy mujer.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que sabe lo que un hombre piensa antes de que lo sepa él mismo... Ya sé que parece una tontería —añadió al captar el escepticismo que se reflejaba en los ojos de su madre—, pero te aseguro que es verdad. Lo he experimentado. A veces me imagino que he sabido guardarme el mal humor, otras me pregunto a qué se debe la vaga depresión que siento... Y ella define mi estado de ánimo con una palabra, con un detalle, algo que me demuestra que lo sabe y que me comprende.

—Os mima demasiado —la voz de Aliñe era dura. Se tomó el café de un trago para evadirse de la locura de las lágrimas.

—Lo raro es que eso no es cierto —observó su hijo, maravillado—. ¡Oh, sí, aceptamos sus pequeños servicios, lo reconozco! Las zapatillas y todo lo demás... Pero no es eso. Ella..., ella no nos utiliza como un medio para otras cosas.

—¿Se puede saber qué significa lo que estás diciendo?

Ballard evitó los ojos de su madre, que le interrogaban ansiosamente. Tomó de nuevo el tenedor y se dispuso a engullir un par de huevos revueltos como si tuviese mucha prisa, con la boca demasiado llena para hablar.

—¡No piensas decírmelo!

Él la miró exasperado.

—¡¡¡Setsue!!! —gritó.

Ella apareció al punto.

—Siéntate —le ordenó.

Obedeció, tomando asiento entre ellos, ligeramente inclinada hacia Aliñe.

—He estado diciéndole a mamá que queremos tener nuestra propia casa —empezó Ballard esparciendo una

cantidad exagerada de mermelada de frambuesa sobre su tostada.

—No abuses, Ballard —le reconvinó Aliñe—. Te va a sentar como un tiro. Es la tercera que tomas.

Él dejó la tostada sobre la mesa.

—Mira —dijo—. Eso es lo que quise explicarte antes. Setsue nunca me hubiese hablado así.

Aliñe se encogió de hombros.

—Es por tu bien. No se trata de mi línea, creo yo.

Setsue intervino:

—Por favor, mamá. Yo pienso como tú. Cuando tengas cuarenta años, Ballard, recuerda lo que te ha dicho tu madre.

—Lo haré —gruñó Ballard, hincando el diente en la tostada—. Ahora escúchame bien, Setsue —continuó—. Mamá cree que no te gusta el saludo de despedida de mi padre. Explícate, dinos lo que piensas... Sospecho que vosotras dos podríais entenderos mucho mejor de lo que suponéis.

Aguardó, expectante. Ante sus maravillados ojos el rostro de su esposa se puso rojo como la grana y sus enormes ojos negros se llenaron de lágrimas. Al cabo de unos minutos se puso en pie con una decisión que hasta aquel momento había sido desacostumbrada en ella.

—Lo siento —dijo—. Pero no puedo hablar en contra de tu padre. Haré lo que tú decidas.

Y después de enjugarse los ojos con el reverso de su ancha manga se dispuso a dejar la habitación. Ballard se levantó de un salto y la detuvo a medio camino.

—Espera —le ordenó—. Seré yo el que se vaya. No tengas miedo de mi madre. Ella también es sincera.

Besó a su madre dejando caer la servilleta y salió. Setsue recogió la servilleta, la dobló cuidadosamente y la puso sobre la mesa, en su sitio. Luego, titubeando, se deslizó hasta su silla y esperó.

De tal modo enfrentada, ¿qué podía decir Aliñe? Aquel rostro exótico y bonito era el de una chiquilla. ¿Cómo iba a acusarla? Y, no obstante, aquella mañana... Sólo le quedaba el recurso de ser sincera.

—Dime cómo los has embrujado a los dos. ¡Dime cómo lo has hecho!

La chiquilla dejó de ser una chiquilla.

—No es que yo los embruje —dijo—. Es que ellos desean ser embrujados. Ésa es su tristeza... Y la tuya.

Sus ojos se encontraron, sin barreras.

—¿La mía? —inquirió Aliñe.

—Es muy triste para ti —repitió Setsue—. ¡Muy triste!

Aliñe encendió un cigarrillo para hacer tiempo, aspirando una gran bocanada de humo.

—Comprenderás que yo no puedo andar todo el día recogiendo servilletas y buscando zapatillas... Es decir, no puedo hacerlo como si eso fuese lo justo, lo natural. Porque no creo que lo sea. No admito que a los hombres se les mime sólo por el hecho de ser hombres.

—¡Oh, no, yo tampoco! —convino Setsue, sobresaltada—. Eso son cosillas sin importancia. Las hago porque me han educado así. Pero tú eres americana y has recibido una educación distinta. Para ti sería como hacer una comedia. Para mí no lo es, pero tampoco es importante.

—Entonces, ¿qué es lo importante? ¡Por favor, dímelo! ¿Cuál es tu secreto, Setsue?

—No tengo ningún secreto.

—¡Lo tienes! Escucha, Setsue, yo vi al padre de Ballard esta mañana.

Setsue enrojeció de nuevo.

—¡Por favor, no hablemos de eso!

—Entonces, ¿por qué...?

—No puedo hacer daño a nadie. El hacer daño nunca sirve de ayuda.

—Y..., ¿qué te propones?